

Los Señores del Norte Verde: Cultura Diaguita (1000-1536 d.C.)

Las comunidades de esta nueva época en el desarrollo cultural del Norte Chico habitan el litoral, los valles y la cordillera. La identidad de la cultura Diaguita tiene sus raíces en la cultura Las Animas. De hecho, durante los primeros siglos, la cultura material Diaguita se diferencia poco de los estilos predominantes en los momentos finales de su antecesora.

Las familias Diaguitas vivían en pequeñas aldeas formadas por sencillas chozas de barro, madera y paja. Los miembros de estas unidades domésticas desarrollaban una intensa producción de alimentos merced a la agricultura y la ganadería de camélidos. Sin embargo, estas actividades no les impidieron continuar con la tradicional recolección de frutos silvestres y la caza de mamíferos y aves.

El riego mediante canales permitía cultivos de alto rendimiento. En las chacras Diaguitas se cosechaba abundante maíz, quínoa, papas, porotos y zapallos. Productos como éstos rara vez faltaron en el hogar del campesino, quien también cultivaba algodón para confeccionar textiles.

El pastoreo de camélidos fue una tarea paralela que consumía parte del tiempo de las familias del Norte Verde. Casi todo el año los animales eran alimentados en los pastizales cercanos a los valles. Pero al acercarse el verano y retroceder la línea de nieves, los rebaños eran trasladados hasta los ricos pastos cordilleranos. Durante el día, debió ser frecuente ver a los pastores hilar la lana mientras cuidaban sus animales.

La actividad pastoril proveía una fuente permanente de carne, que, secada al sol, les permitía hacer charqui, una ventajosa conserva prehistórica. A través de ella obtenían también lana para la confección de prendas de vestir y huesos para la manufactura de utensilios de uso diario. Por último, algunos de sus animales servían para transportar cargas livianas.

Como en épocas anteriores, la costa semidesértica de la región --desde Taltal hasta el río Choapa-- fue objeto de una explotación muy especializada. Mamíferos marinos, peces y una variedad de fauna del litoral fueron incorporados en la dieta Diaguita. Existen pruebas de que estos prehistóricos pescadores artesanales utilizaron para sus faenas de pesca balsas hechas de cueros de lobo marino inflados. Se trataba de embarcaciones resistentes y bien adaptadas al oleaje y corrientes marinas. Con ellas se internaban mar adentro, donde arponeaban atunes y ballenas.

La cerámica fabricada por los alfareros Diaguitas constituye un verdadero tesoro artístico. Jarros, platos y urnas muestran delicadas decoraciones negras y rojas sobre fondo blanco, muchas de las cuales están decoradas con figuras de personajes ricamente ataviados, aves, felinos y camélidos. Casi la totalidad de estos objetos formaba parte del ajuar funerario de los numerosos cementerios encontrados en la región.

Las sepulturas más comunes del período eran construidas mediante cinco grandes lajas, las cuales formaban una verdadera caja rectangular, con su correspondiente tapa. En el interior, se depositaba al difunto junto con sus ropas, vajilla de cerámica, instrumentos musicales y otros utensilios. Entre estos últimos destacan aros, hachas, pinzas y cinceles de cobre, así como espátulas y cucharas de hueso finamente talladas con figuras de hombres y animales.

Época de Conquistas

A fines del siglo XV, la apacible vida campesina de la sociedad Diaguita fue violentamente interrumpida. Desde entonces, vivieron bajo el dominio del Imperio de los Incas.

Las fuentes históricas señalan que las tropas de Tupac Inca Yupanqui penetraron en la región conquistando cada uno de los valles en diferentes campañas. Primero cayeron los naturales de Copiapó, donde el Inca estableció una avanzada procedente del altiplano boliviano. Más tarde fueron sometidos los habitantes de Huasco, Elqui y Limarí. Hacia el año 1490, el Inca controlaba toda la región. Esto es evidente, si consideramos que al interior del valle de Copiapó los incas levantaron un ushnu, que es una plataforma ceremonial en la que se sentaba el Inca u otro alto dignatario estatal para ejercer justicia, y que, de acuerdo a los documentos coloniales, habría servido también como un hito fronterizo del imperio.

Los intereses del conquistador quechua por el Norte Chico fueron múltiples. La fuerza de trabajo local, sus productos agrícolas, sus lanas y tejidos pasaron a engrosar las arcas imperiales. Uno de sus principales objetivos, sin embargo, fue asegurar el acceso a los recursos minerales. Bajo la administración de los incas se explotaron intensamente minas de oro, plata, cobre y piedras semipreciosas. Un ejemplo de ello es el mineral de El Salvador, cuyas faenas extractivas remontan a este período.

Las actividades mineras estuvieron relacionadas con la elaboración de metales, tal como lo demuestra el centro metalúrgico de Viña del Cerro, al interior del Valle de Copiapó. Allí, el mineral era sometido a altas temperaturas, mediante el uso de hornos abiertos, conocidos como "huairas". El metal fundido era luego vertido en crisoles y finalmente vaciado en moldes.

En un corto período de tiempo las poblaciones del Norte Chico pasaron a formar parte del orden incaico. Con ello, no sólo incorporaron nuevas prácticas culturales, sino también fueron absorbidos por la política colonial del imperio. Existen evidencias del desplazamiento de poblaciones Diaguitas hasta el corazón mismo de Chile Central. En el cerro La Cruz, en la ribera norte del curso medio del río Aconcagua, se ha localizado un sitio habitacional relacionado con actividades metalúrgicas, que presenta alfarería típica del período Diaguita-Inca.

Las ofrendas hechas en el ritual funerario también presentan modificaciones respecto al período anterior. En esta época es usual encontrar piezas de cerámica que combinan patrones propios del Diaguita tradicional con formas y diseños incas. Con todo, aunque los artesanos locales produjeron nuevas formas alfareras, no perdieron su identidad cultural.

Aparte de la fuerza política y militar del conquistador quechua, su religiosidad también ejerció influencia sobre la gente de la región. En las altas cumbres de los volcanes Copiapó y Jotabeche (III Región) y los cerros Doña Ana y Las Tórtolas (IV Región), se han encontrado restos de santuarios incaicos donde se adoraba y rendía tributo a Inti, el Sol. En el transcurso del ritual eran depositadas figurillas de plata y concha, ricamente vestidas y de evidente factura inca.

Cuando los españoles llegaron al Norte Chico, la población indígena de la región se distribuía culturalmente de acuerdo a los valles en que habitaba. Las crónicas mencionan cuatro diferentes lenguas, una para cada valle: Copiapó, Huasco, Elqui y Limarí.

Al igual que en todo el Imperio Inca, las tierras de cultivo estaban bajo el control estatal. El trabajo agrícola se desempeñaba colectivamente y la producción era repartida entre las unidades familiares, el jefe o principal, el culto, el Inca, las viudas y huérfanos. Políticamente, cada valle estaba dividido en dos sectores: el alto y el bajo o costero. Cada uno tenía su jefe principal, quien gozaba de privilegios económicos y podía consumir casamientos múltiples hasta con 12 mujeres.

En esta época, el Norte Chico aparecía ante el observador como un universo social emergente y pleno de actividad. Sin embargo, los pueblos nativos decayeron rápidamente bajo la encomienda española, para desaparecer en poco tiempo. De su magnífica historia precolombina, sólo quedaron los restos, un patrimonio arqueológico y cultural al que debemos respeto y admiración.

AGRADECIMIENTOS Comprometo mi gratitud al arqueólogo Gastón Castillo, investigador del Museo Arqueológico de la Serena, quien generosamente puso a mi disposición manuscritos inéditos. Tales conceptos los hago extensivos a la arqueóloga Catherine Westfall, quien me instruyó acerca de los avances relativos a la cultura Huentelauquén.

Balsas de Cuero de Lobos Marinos

Entre los muchos acontecimientos de la prehistoria del Norte Chico o Norte Verde, hay uno que sorprende por su magnitud territorial. Desde muy temprano, quizás desde el período de la cultura Huentelauquén (10 mil años antes del presente) hasta la época de la cultura Diaguita (1000 d.C.), los restos arqueológicos de estos pueblos se han encontrado distribuidos sobre un extenso segmento del litoral. Tal distribución es prueba indirecta de un intenso tráfico marítimo, que sin duda debió ser efectuado mediante algún tipo de embarcación.

Por fortuna, la navegación prehistórica es un tema del que poseemos abundante información. En El Médano, una quebrada de la cordillera de la costa, a unos 40 km al norte de Taltal, los indígenas pintaron sobre las rocas un sinnúmero de escenas en color rojo, que representan el arponeo y posterior arrastre de animales marinos desde balsas tripuladas por uno o más pescadores. Entre las especies reconocibles se observan cachalotes, ballenas, lobos marinos, peces-espada, peces-martillo y tortugas de gran tamaño.

Una escultura de piedra que representa este tipo de embarcación fue encontrada en Altovalsol, en la región de Coquimbo. Se trata de un navío de dos flotadores, en el que se observa a dos navegantes. Los especialistas piensan que esta obra escultórica correspondería al período Diaguita-Inca, y que se trataría de una balsa hecha con cueros de lobo marino cosidos e inflados. Los conquistadores españoles, observaron el uso de este tipo de embarcación desde Arica hasta Coquimbo. Gerónimo de Vivar, el cronista que acompañaba a Pedro de Valdivia en su incursión hacia Chile a mediados del siglo XVI, escribió: "que en los días en que no hace aire andan los lobos marinos descuidados durmiendo, y llegan seguros los indios con sus balsas, y tíanle un arpón de cobre. Y por la herida se desangra y muere. Tráenlo a tierra y lo desollan. Son muy grandes... y no usan otra pesquería, sino matar lobos y comer carne y de los cueros hacen balsas para sí y para vender".

Los restos de estas ingeniosas balsas de cuero de lobo marino o de sus remos de pala doble son escasos en el Norte Chico, donde la humedad reinante los deteriora irremediablemente. Sin embargo, más al norte, en la árida región de Tarapacá, varios hallazgos indican que estas embarcaciones estaban en uso hacia el 1000 a 1200 d.C. Pese a esto, la hipótesis de mayor consenso entre los especialistas es aquella que sitúa el origen de estas balsas en pleno Norte Chico,

donde los documentos históricos las registran ampliamente durante el siglo XVIII y XIX.

En los años cincuenta del presente siglo, aún había pescadores que conocían de estas balsas, su uso y construcción. Durante una excursión, al litoral de Atacama, el arqueólogo Hans Niemeyer conoció a Roberto Alvarez, un pescador que hasta el año 1947 había utilizado estas embarcaciones en sus faenas pesqueras. Se trataba de un verdadero hallazgo, por lo cual Niemeyer encargó de inmediato la construcción de una de estas balsas. Sería la última balsa de cuero de lobos en surcar el litoral chileno.

Arte Diaguita

La cultura Diaguita, que habitó el Norte Chico entre los siglos X y XVI, es bien conocida por su cerámica de variadas formas y diversos colores. La decoración de estas piezas sorprende por su abigarramiento. Se trata de diseños en rojo, blanco y negro pintados en las paredes de vasijas, con los cuales alcanzaron una regularidad tecnológica sorprendente y una complejidad conceptual de la cual hoy sólo podemos vislumbrar algunos de sus aspectos formales.

La iconografía Diaguita, especialmente durante el período previo a los incas (1475 d.C.), se caracteriza por dibujos geométricos que reproducen escasos patrones, aplicados principalmente en las paredes exteriores de las vasijas, generalmente en forma de bandas rectangulares. Dentro de este espacio, se reproducen únicamente motivos que, al no contar con ninguna referencia, llamaremos geométricos. Se trata, principalmente, de líneas, líneas con puntos, triángulos, escalerados, ganchos y espirales. Hay casos en que estas bandas dominan en los diseños pintados en platos y escudillas, pero también hay otros donde es posible identificar diseños de tipo zoomorfo o antropomorfo, cuyos elementos sugieren la construcción de un cuerpo desplegado por cortes y desplazamientos de sus partes.

Las bandas que sirven de soporte a los diseños presentan una ejemplar regularidad. Todas ellas están delimitadas por una línea negra y rellenas de color blanco. En algunos casos forman un rectángulo que cubre toda la pared de la pieza, mientras que en otros, en especial cuando están acompañados de rostros zoomorfos o antropomorfos, se distribuyen en cuatro campos. El interior de éstos contiene diseños en color negro, aunque con algunos detalles menores de color rojo. Estos forman configuraciones cuyos patrones están presentes desde los orígenes de la cultura Diaguita, como el zig-zag y las ondas, mientras que otros --las cadenas y algunos doble zig-zag-- sólo aparecen durante el período más clásico de esta cultura. Es durante el período Diaguita-Inca cuando aparecen el reticulado y otros tipos de doble zig-zag.

Más allá de una primera apreciación de estos diseños, que puede inducir la sensación de uniformidad, es posible descubrir una enorme diversidad de manifestaciones. Cada configuración está organizada por varios motivos, pintados de determinado color, repetidos en una cantidad específica y relacionados espacialmente de manera muy precisa. Sin duda, las posibilidades de combinación son innumerables, pues basta con alterar levemente la forma de un solo motivo, su color o su cantidad para obtener una combinación sutilmente diferente. Prácticamente, no existen piezas con diseños iguales, aunque unas pocas fueron intencionalmente manufacturadas en parejas. En apariencia, el valor de las cerámicas de la cultura Diaguita residía en su carácter de pieza única, como si su destino y uso fuera el patrimonio de una acción individual.

Fuente: Museo Precolombino, Stgo - Chile

<http://www.museoprecolombino.cl/inves/invest14.html>